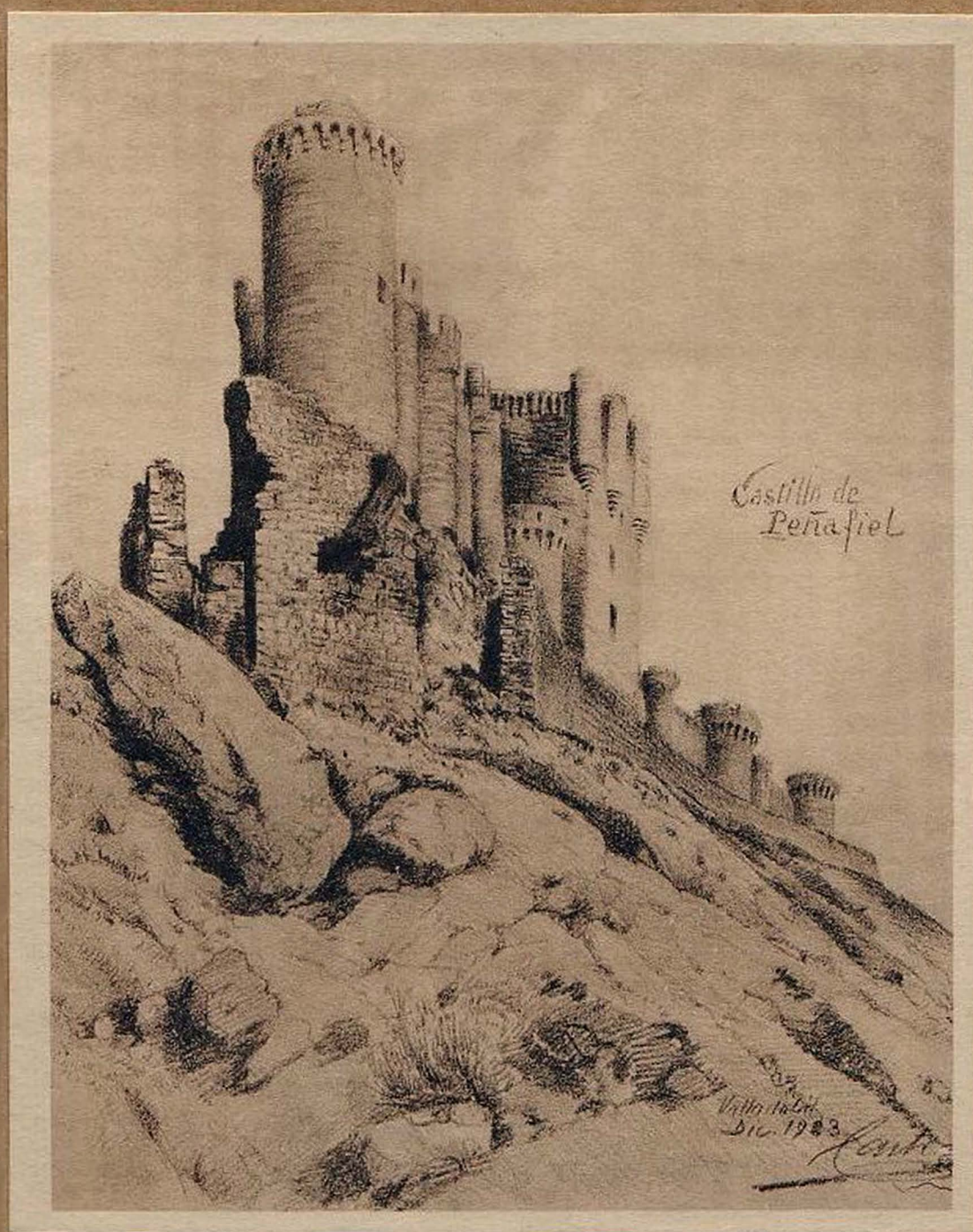




# ASTILLOS EN CASTILLA



MADRID. AÑO DE MCMXXIX





## TERCER ITINERARIO

A pesar de que el recorrido que comprende el unido gráfico, puede también seguirse saliendo de Valladolid por la mañana temprano en dirección a los castillos del Esgueva, almorzando en Peñafiel y regresando a la capital por la orilla del Duero, seguimos en los comentarios el orden inverso, porque, siendo el de Peñafiel el castillo más importante del circuito y uno de los que lo son más en la provincia, consideramos preferible empezar por él la excursión, invertir en su visita la primera parte del día y, aún si no fuera bastante, algo de las primeras horas de la tarde, dedicando el resto de ésta, después del almuerzo, a los demás castillos de mucho menos interés histórico y arquitectónico.

Tampoco para este recorrido hay que salir de los límites provinciales de Valladolid. Y las distancias que comprenden los distintos trayectos son las siguientes:

De Valladolid a Peñafiel. . . . .	56 kms.
De Peñafiel a Curiel. . . . .	6 —
De Curiel a Encinas. . . . .	20 —
De Encinas a Canillas. . . . .	4 —
De Canillas a Villafuerte de Esgueva (por Esguevillas). . . . .	27 —
De Villafuerte de Esgueva (por Esguevillas) a Valladolid . . . . .	<u>37</u> —
TOTAL. . . . .	150 —

Del indicado itinerario, la carretera de Valladolid a Peñafiel, ancha, llana y recta a grandes trozos, es de primer orden. El resto son carreteras de tercera categoría, de líneas más movidas aunque sin grandes desniveles ni accidentes. En la dirección que recomendamos, la ruta remonta el curso del Duero hasta Peñafiel, pasa luego de su cuenca a la del Esgueva y baja por la margen derecha de este río en dirección a la capital.

Para visitar Curiel, Canillas y Villafuerte hay que desviarse, en cada caso, algunos kilómetros del camino general. Ni de Canillas ni de Villafuerte se ha hecho comentario, ni se inserta *estampa*, por no requerirlo su interés. Intercalados en el texto del prólogo van dos grabados que dan idea de los restos de aquel castillo y las bellas líneas de éste.

Por último, es de advertir que, en caso de escasez de tiempo, una larga tarde de primavera, por ejemplo, puede bastar para una visita bastante detenida a Peñafiel y una ojeada somera a los otros castillos.

Hora es, sin embargo, de que nos apartemos de las Comunidades. Hagamos con ellas algo de lo que hizo su supradicho Capitán General «que había días que estaba muy arrepentido de lo que había comenzado y no buscaba sino ocasión para alzarse a la mano», por lo cual, aprovechando un momento propicio para escabullirse durante una muestra de guerra junto a Valladolid, «cabalgó en un caballo y dió consigo en Peñafiel, villa que era de su padre Don Alfonso Téllez Girón». ¡Tampoco por este opuesto lado de la provincia han de faltarnos historias ni castillos! Bastaría para ello con que existiera el estupendo alcázar-navío del citado Peñafiel, imponente corona mural del cerro que preside la confluencia del Duero con el Duratón. Su arrogante silueta sobra para poder aseverar que allí moró más de una vez la crónica de España. Y así fué, ora en los tiempos nebulosos de Fernán González y de Sancho García, ora cuando fué nido roquizo de aquel malogrado *aiglon* aragonés que se llamó el Príncipe de Viana, ora hospedaje de Carlos V, ora cuartel de las tropas de Napoleón. De nadie necesitaría Peñafiel para que



le respetaran. Mas en Castilla ningún castillo, por regla general, está solo. Amigo o enemigo, para apoyarle o para resistirle, cada cual de ellos suele tener casi al alcance de la mirada otra fortaleza, su consorte o su rival. Y tal como a una legua de Peñafiel, sobre la margen contraria del Duero, subsiste aún, con atuendo de trasnochado poderío, al pie de un cerrejón donde apenas quedan restos de otra fortificación romana, el cuadrangular palacio castillo de Curiel de los Ajos.



## PEÑAFIEL.—La proa del castillo.



«.....en toda la comarca, el castillo es el amo.»



El viajero que, desde Valladolid, sale hacia Peñafiel por la cuenca del Duero, hállase ante una campiña rasa, ancha, flanqueada por blancuzcas montañitas que a uno y otro lado se alejan como para dejar paso a la vega. Es esta una tierra que parece luchar por ser fértil, aquí de sembradura, allí de viña; de vez en cuando, si el suelo no da para más, grupos de pinos. Pasa la carretera por Tudela de Duero (lugar de históricos recuerdos donde no ha mucho que derruyeron la única puerta antigua que quedaba); luego por Sardón de Duero, por Quintanilla de Abajo y por la de Arriba; y hay trozo en el cual diríase que la tenaza de cerretes, vuelta a estrecharse, va a cortar el paso al camino. Pero un nuevo rompimiento de luz descorre el telón. Y ya al salir del caserío del último pueblo, se divisa en el fondo, airosísimo, señor, *alteroso e bem plantado*, como dice del de Cintra cierta guía portuguesa, el famoso castillo del Infante Don Juan Manuel.

Basta verlo de lejos para persuadirse de que, en toda la comarca, el castillo es el amo. Si hoy no ejerce el mando, podría recuperarlo en cuanto quisiera. Robusto, dominante, poco menos que inaccesible, baja desde él al llano un no se qué de imperio y majestad. La imaginación de un lector de la Biblia podría ver en él un pétreo remedo del Arca de Noé varada en la cumbre del Monte Ararat (imagen ésta, de puro exacta, repetida mil veces), en tanto que la cultura de cualquier turista del centro de Europa asociará, cuando lo vea de *proa*, la contemplación de su genial silueta con el recuerdo de la del palacio roquero de Neu-Schwanstein, donde anidaron los ensueños de arte y la febril demencia del infortunado Luis II de Baviera. También en Peñafiel moró un gran artista; también allí habitó un poderoso que, si no fué rey ni loco, ni necesitó del genio ajeno para hacer arte, como el bávaro con Wágner, «podía ir del regno de Navarra fasta el regno de Granada posando cada noche en villa cercada o en castiellos suyos». Aproximémonos, pues, con respeto excepcional, a éste que era su predilecto; colosal reliquia que encajaría bien en un dibujo de Gustavo Doré; merecedora, tanto por sí misma como por la grandeza de quien fué su más sonado huésped y dueño, de la desusada atención que estas *Estampas* le consagran.

Pero, si no tenéis medido el tiempo, detengámonos antes de emprender la penosa ascensión al castillo, en otro nonumento que, aunque rehecho y deshecho, no evoca por eso menos la memoria del letrado Infante. Es, al

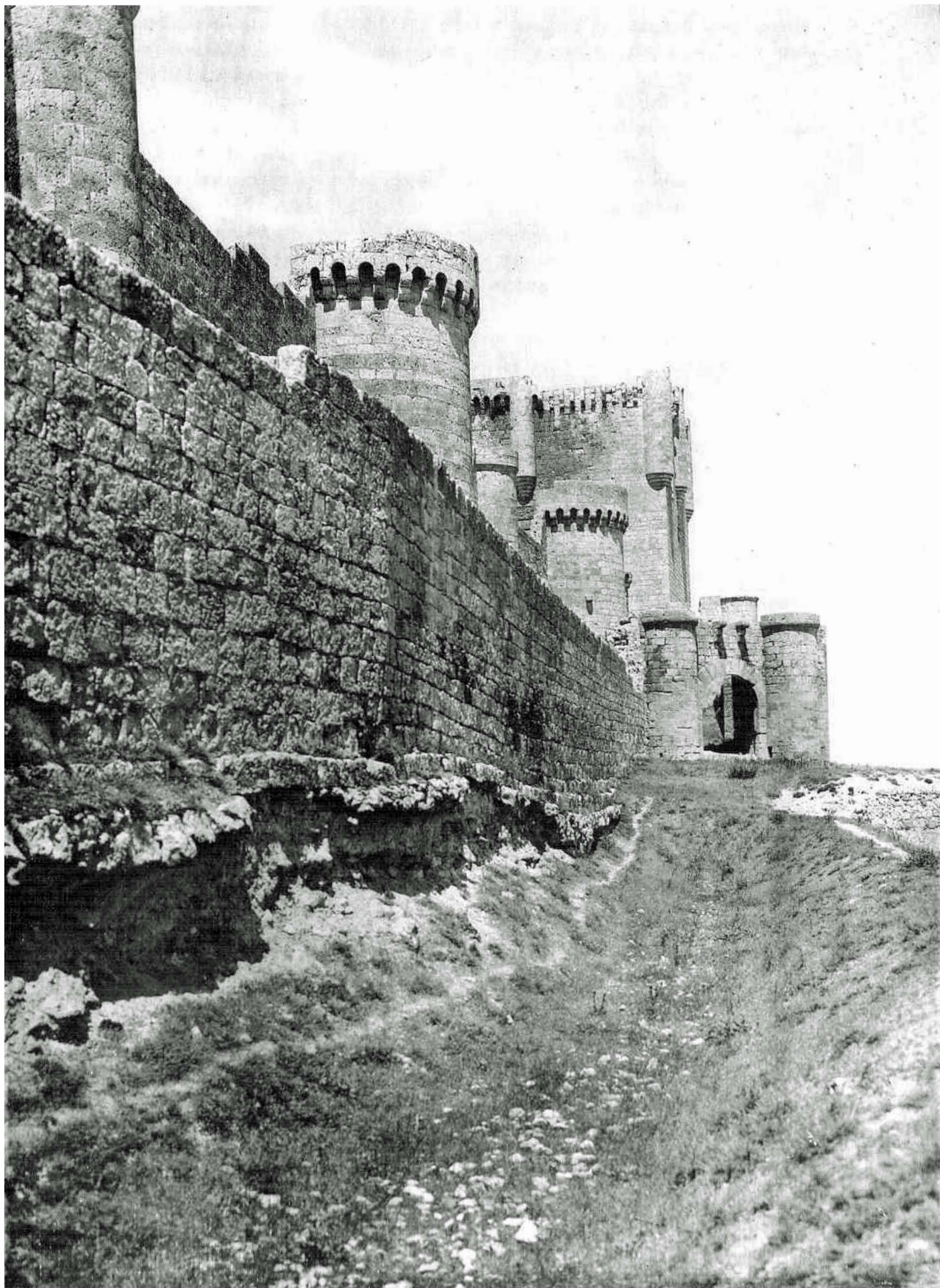


pie del cerro donde se yergue la fortaleza, y al borde mismo del río, la iglesia de San Pablo, supervivencia de lo que era el convento de dominicos, fundación favorita de Don Juan Manuel. Construcción, por tanto, de principios del siglo XIV, varias veces reformada en el curso de las centurias posteriores, ofrece al exterior, al lado del ábside mudéjar, todo él de ladrillo desde el basamento al tejazoz, un lienzo de piedra labrada notoriamente renacentista. Más aún; del estilo Isabel, que todavía vivió en los reinados inmediatos. Es el pregón al exterior de una de las más radicales mudanzas que ha sufrido el interior del templo. Este, encalado hoy en el cuerpo principal, de bóveda visiblemente rebajada, sólo ofrece a los aficionados al arte, como atractivo, la capilla de igual estilo que corresponde por dentro al lienzo isabelino de fuera. Trátase de una capilla de gran belleza ornamental, por cuyo friso, en caracteres góticos, corre un letrero que vale por una genealogía: *Esta capilla mandó hacer Don Juan Manuel; de la orden del Tuson, hixo de Don Juan Manuel; por seguida sucesión de varones; viznieto de Don Juan Manuel fundador de este Monasterio y de otros doce: y entre ellos escogió éste para su enterramiento; el cual fué hixo del Infante Don Manuel cuyo padre fué el Rey Don Fernando el Santo: el que ganó a Sevilla; acabóse en el año MDXXXVI.* Pero no os confundan ni la redacción del letrero, ni el probable dicho del lego o del chiquillo indígena que os sirva de guía. La cabeza y el busto, sobre el cual cuelga un collar que parece el Toisón, restos de una escultura yacente amontonados en un rincón, no son los del sepulcro del fundador que escogió este monasterio «para su enterramiento». Son los despojos de la estatua que reposaba sobre la sepultura, no del nieto de San Fernando «el que ganó a Sevilla», sino del Don Juan Manuel, el «viznieto» que «esta capilla mandó hacer» y estuvo a punto de perder a Castilla por privado y mal consejero de Felipe el Hermoso. Don Juan Manuel el Grande, como si dijéramos, reposa detrás de sencilla lápida en la capilla mayor del templo, que fué su hechura y su constante amor.

No sin sentirlo, por consiguiente, habremos de alejarnos del lugar en el cual puso tantos afanes y tantas cuitas el insigne maestro del decir medieval. De tal modo lo quiso que le confió lo mejor de su alma, haciéndole depositario en vida y legatario en muerte de su producción literaria. Que fué lo segundo, lo atestigua el propio testamento del Infante, otorgado en 1358. Que antes había sido lo primero, lo afirma él mismo consignando en una advertencia del *Conde Lucanor*, aludiendo a sus restantes obras, que éstas «están en el monasterio de frayles predicadores que él (el escritor y fundador) fizo en Peñafiel». En el rodar de los tiempos, legado y legatarios cambiaron hasta desaparecer; ya no hay en San Pablo ni predicadores ni manuscritos del Infante; y fuera inútil interpelar sobre este punto a la piadosa comunidad de pasionistas que hoy tiene encomendadas a su custodia los vetustos muros que en pie quedan como remembranza de los brillantes días de ayer. Emprendamos, pues, sin más demora, la subida al escarpado cerro. Y para



## PEÑAFIEL.—La obra de Don Juan Manuel.



«E con aquellos dineros labré yo este castillo mayor.»



templar nuestro espíritu en el ambiente en que nació y se cuajó el imponente castillo recordemos, mientras vamos cuesta arriba, quién fué el egregio reedificador y cuál su época de principal pujanza.

Hijo del Infante Don Pedro Manuel (el hermano del autor de las *Partidas*) y de la condesa Doña Beatriz de Saboya, vino al mundo en Escalona el 5 de Mayo de 1282 quien, sin andar mucho la historia, había de ilustrarla presto en las armas y en las letras con el nombre, en ambas famoso, de Infante Don Juan Manuel. Su padre le dejó en tierna orfandad al poco tiempo, muriendo en su señorío de Peñafiel cuando aún no contaba el infante un año y ocho meses; y no tendría más de ocho años cuando también fallecía su madre, que le había amamantado en su seno y había asistido no más que a los rudimentos de su educación, encomendada por ella a Alfonso García «caballero mucho anciano». Formóse en realidad, por tanto, a sí mismo el desvalido sobrino de Don Alfonso X; pero de cuál debiera de ser su crianza e instrucción, en la Corte del Sabio o en los reflejos de ella, da razón el propio Don Juan Manuel al describir en el *Libro de los Estados* la preparación espiritual, entre caballeresca, literaria y venatoria, que recibía ordinariamente la mocedad de su tiempo y de su fuste. Esta irrumpía, por lo visto, en la vida «leyendo un día et cazando otro»; cabalgando a diario; ora aprendiendo «quan mala fama dexaron de sí los emperadores et los reys et grandes sennores que ficieron malas obras et fueron medrosos et flacos de corazón»; ora, perfeccionándose en «saber todos los juegos et las cosas que pertenecen a caballería, porque estas cosas no empecen al leer nin el leer a estas cosas»; ora adiestrándose a llevar en un brazo la lanza y en el otro un halcón para acostumbrar el brazo derecho a «saber ferir con él» y el izquierdo «para usar del escudo con que se defienda».

Notorio es, por desgracia, que no todos los príncipes de aquel revuelto ciclo, ni siquiera el propio regio poeta de las *Cantigas* y compilador del derecho castellano, sacaron proporcionado fruto de tal sistema de enseñanza. La Historia ha perpetuado la demostración de cuán poco aprovechó a Alfonso X saber lo que hicieron «los emperadores et los reys et grandes sennores»; y en cuanto a éstos, no mentía la crónica del Justiciero al decir que «todos los ricos omes et los caballeros vivian de robos et de tomas que fazian en la tierra». Pero en medio de los desórdenes y bullicio que hicieron tan infausto el final del reinado del gran Alfonso, es igualmente evidente que quien quizás sacó más partido de un sistema de enseñanza en el que alternaban letras y armas fué el claro prosista que aún no cumpliera los doce años cuando su primo el Rey Don Sancho le enviaba a tierras de Murcia «a tener la frontera contra los moros» con cargo de Adelantado Mayor. Y aunque sus vasallos no le llevaron tan pronto al campo («ca non se atrevieron a meterme en ningun peligro, porque era tan mozo»), fué tal su comportamiento en la campaña que, al regresar de ella, salió a recibirlo al camino Sancho el Bravo, y como pasase con él las fiestas de Navidad en el entonces desmantelado



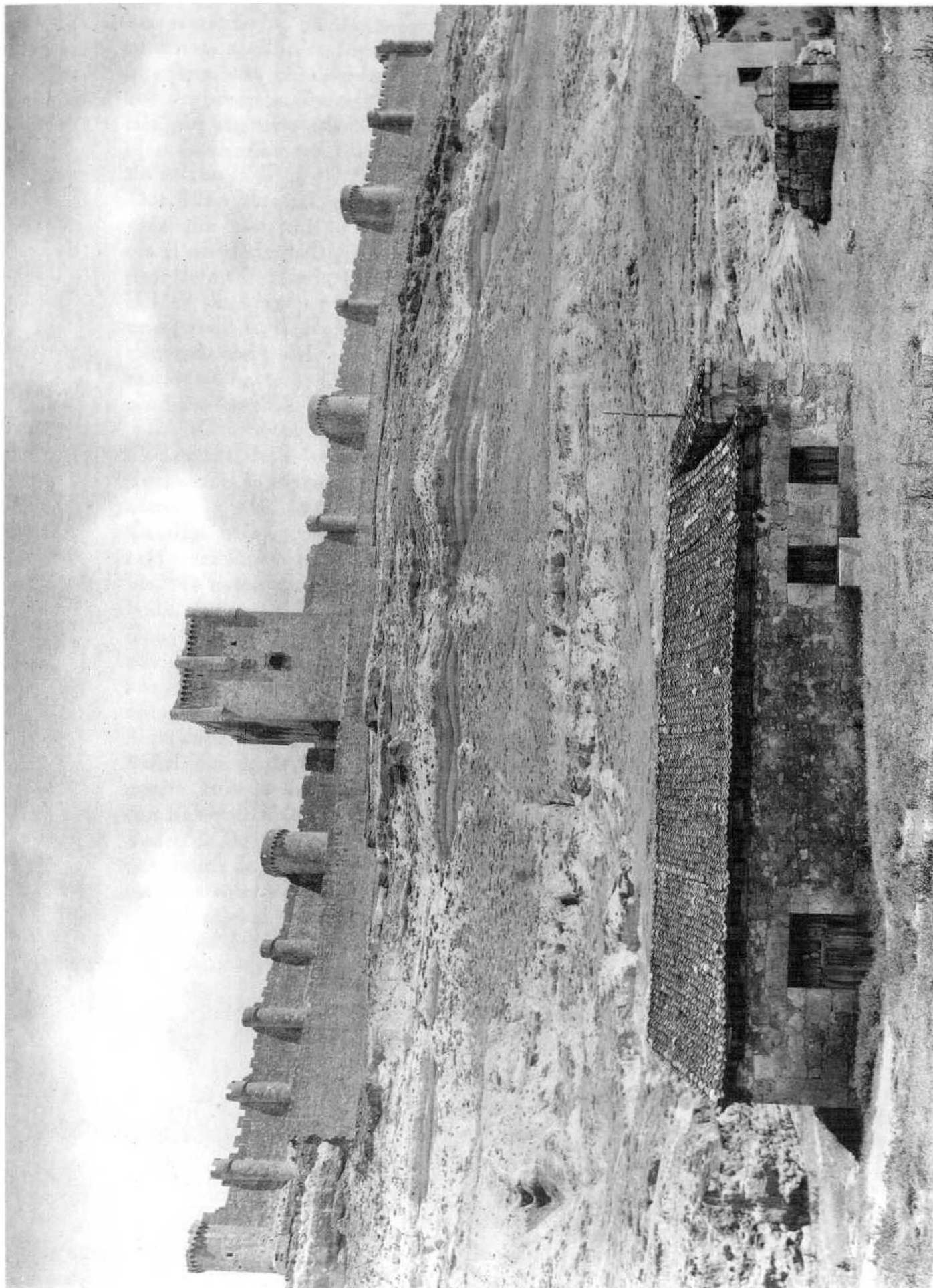
castillo de Peñafiel, heredado de su padre, dió orden al tesorero real que le entregase dinero con que reedificar la fortaleza. «E con aquellos dineros— escribió luego su dueño— labré yo este castillo mayor de Peñafiel.»

Poco después fallecía Sancho IV. El Infante perpetuó en su *Libro de las tres razones* las patéticas frases con que el moribundo se despidió de él: «Bien creo —le dijo— questa muerte que yo muero non es muerte de dolencia mas es muerte que me dan mis pecados et señaladamente por la maldicion que me dió mio padre por muchos merescimientos que yo le merecí.» «Nunca y Rey habrá que tanto os ame como yo —prosiguió continuando «la fabla que ovo ante que finase»—; quiero me despedir de vos et quereros dar ya la mi bendicion, mas ¡mal pecado! non la puedo dar a vos nin a ninguno; ca ninguno non puede dar lo que non ha». Y no se limitó a tan tiernos adioses el monarca de Castilla. Presagiando el porvenir que aguardaba a su viuda Doña María de Molina, vuélvese al mozo infante para encomendársela; «la tercera razon que vos he a decir e a rogar es que sirvades e hayades en encomienda a la Reina Doña María, que lo habrá muy grand mester ca muchos despues de mi muerte serán contra ella». Exhortación era ésta casi innecesaria, puesto que, precisamente desde que se conocieron en una visita de la Soberana a Peñafiel, simpatía sincera unía ya a Don Juan Manuel con la esposa de Sancho. Lástima grande que, después de morir éste, no siempre se entendieran. Dejemos a la Historia registrar y anatematizar aquel desbordamiento de ambiciones, codicias, celos, ruindades que anegó en sangre y lodo durante decenios la vida castellana y, del que sólo se salvó, incólume, la ingente figura de la Reina. También a Don Juan Manuel le mancillaron las salpicaduras, y no sin motivo el Padre Mariana le motejó de «hombre doblado e inconstante». Pero aun así fué también, en lo político, el más alto prestigio de su tiempo, reforzado por los laureles que ganara en tierras de su adelantamiento, en el Salado y en Algeciras. Y era maravilla, sobre todo, que aún tuviera vagar para la literatura. Verdad es que, como él decía, replicando a quienes por ello le criticaban, esta su labor quedaba a cuenta del «tiempo que avía a dormir». «Pienso, añadía, que es mejor pasarlo en fazer libros que en jugar dados e fazer otras viles cosas.»

Además, no todas las veleidades de Don Manuel fueron sin causa. Su estirpe egregia, su personal prestancia, su esfuerzo, su valer, su nombradía dábanle derecho a codearse con los Reyes, a soñar para sus hijas el halago de un trono. Muy temprano creyó tener al alcance de la manecita de Constanza Manuel, fruto de sus segundas nupcias con Doña Constanza de Aragón, el solio de Castilla. Acababa de entrar en la mayoría Alfonso XI, y al ordenar su casa, lo hizo visiblemente en enemiga de sus antiguos tutores, Don Juan y Don Juan Manuel. Apercibiéronse éstos para defenderse, y entonces el Rey, para deshacer la iniciada alianza, pidió al señor de Peñafiel la mano de su hija. Pocos días después, aceptada jubilosamente la propuesta por el encantado padre, engalanábase su castillo y bajo el arco de



## PEÑAFIEL.—Vista general del castillo.



«.....nido del gran águila cazadora del siglo XIV.....»



ingreso entraba, plasmado en realidad, el sueño del Infante: una brillante comitiva, séquito de los tíos del Monarca, Don Felipe y Doña Margarita, que iban para conducir a Valladolid a la nueva Reinita, que allí celebraría sus desposorios. Pero, no siendo aún núbil la doncella, «no llegó el Rey a ella por su corta edad» —dice Mariana—; variaron los tiempos, surgió un plan de alianza con Portugal, cuya prenda era el enlace del Monarca castellano con la hija del Soberano de aquel Reino, ofendióse justificadamente Don Juan Manuel, apresó el Monarca como rehenes contra éste a la infeliz niña que hubiera sido su esposa, la confinó en la fortaleza de Toro y entonces el ofendido padre, viendo en tierra sus ilusiones, se *desnaturó* despidiéndose de su frustrado yerno y rompió en guerra contra él, concertándose con el Rey de Aragón y el emir de Granada. El sueño de Peñafiel se trocó en una pesadilla; la Reinita nominal de Castilla durante tres años, fué prisionera real del indelicado Don Alfonso, y su atribulado progenitor no logró rescatarla hasta que, perdidos sus señoríos y confiscados sus bienes, hubo de rendirse vencido.

¡Cuán otra hubiera sido, sin la veleidad de Alfonso XI, la suerte de Constanza, la mísera infantilla del castillo *duerense*! A él regresaría, desilusionada, la esposa-virgen, bien ajena que de Portugal, de donde le vino la ofensa, le vendría también la reparación. Ya que no cuajó como Reina de Castilla, otro capricho de la fortuna la llevó al poco tiempo a ser Princesa, casi a ser Reina de Portugal. Mas, ¡ay!, que el infortunio la seguía implacable. No bastó que, despechado, el Monarca castellano intentase desbaratar la boda, incluso con la oferta de anular la suya para casarse de nuevo con Constanza Manuel. No bastó que, irritado, declarase la guerra al padre del novio de ésta, y por mar y por tierra destrozáranse impíamente las dos naciones peninsulares. Constanza Manuel, era su sino, debía siempre llevar el dolor a su lado. Y a su lado fué una su dama íntima, su amiga y compañera, copartícipe quizás de sus juveniles expansiones entre los muros de Peñafiel. *Cuello de garza* la llamaban. Constanza envidiaba su belleza, pero la quería. Inés de Castro, que ella era, adoraba también en su señora. Mas....., con haber dicho su nombre está dicho todo. La febril adúltera pasión de Don Pedro de Portugal, por la que sólo había de *reinar después de morir*, empezó por matar de pena a la desventurada Constanza Manuel, que a los veinte y un años volaba al Cielo desde las orillas del Tajo. Sus moribundos labios, si verdad dijo el poema de Eugenio de Castro, recogieron en los de Pedro el ósculo de despedida, e inmediatamente, comprensiva, fraternal, dulcísima,

coge a la linda Inés, la oprime tierna,  
le da el beso de Pedro y luego exhala  
serenamente el último suspiro.

La Historia duda si Doña Constanza premurió a Don Juan Manuel

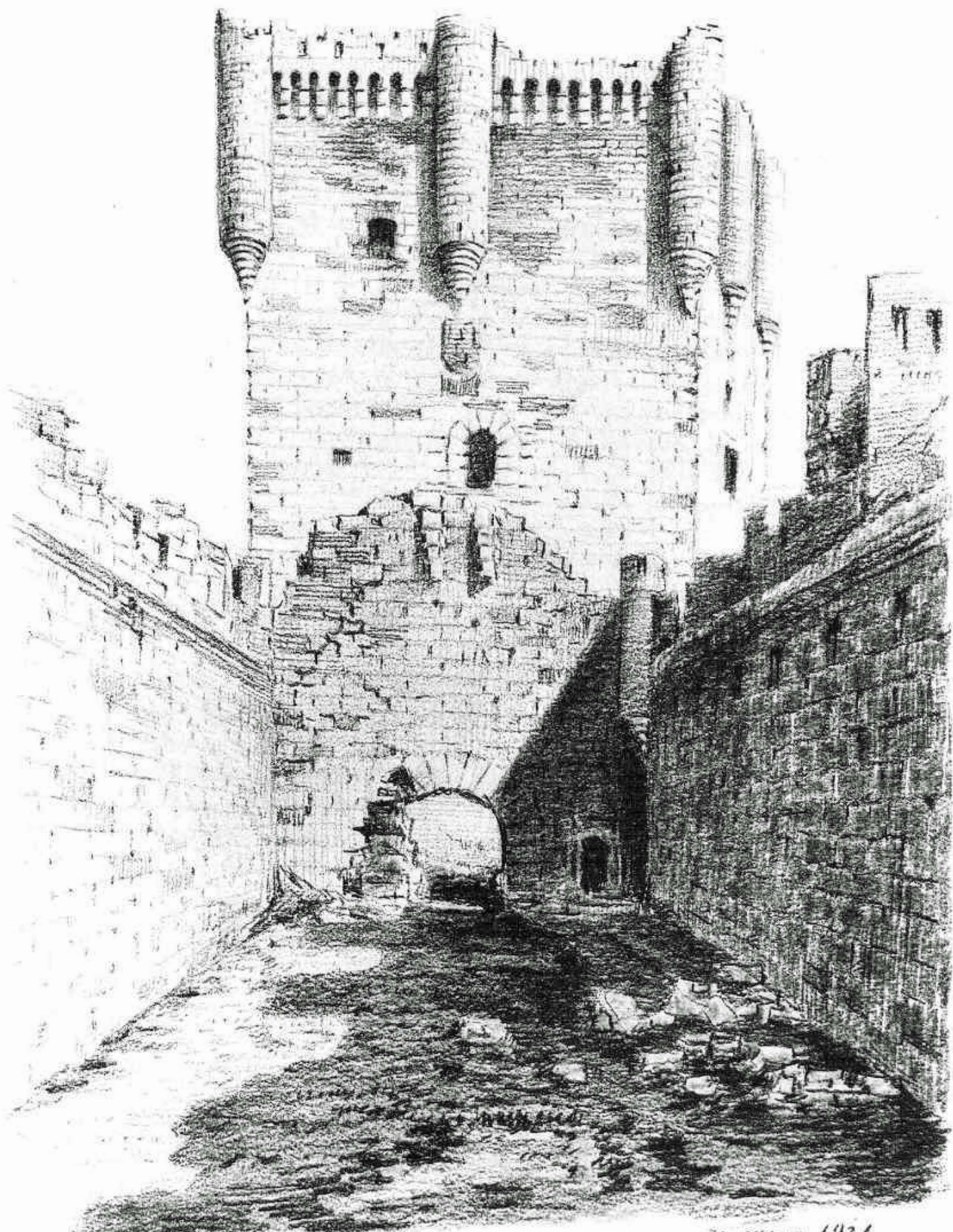


Pero de fijo que, si el de la muerte no, más de uno de sus mensajes de desencanto y de amarguras llegarían desde las lueñas tierras de su entrevisto reino hasta las estancias de la fortaleza de Peñafiel, donde sólo las letras consolaban al padre de sus dolores.

Fuera de lugar sería examinar aquí la obra del hombre «más humano de su tiempo», como dijo Menéndez y Pelayo, añadiendo que «lo debió en parte al alto y severo ideal de la vida que en sus libros resplandece, aunque por las imperfecciones de la realidad no llegara a reflejarlo del todo en sus actos». Pero fuera, sin embargo, imperdonable que al pie de su magna construcción de piedra dejáramos de mencionar las de sus letras, las más de ellas concebidas y escritas entre los muros de su potente fábrica. Cierto es que algunas, probablemente, desaparecieron para siempre: su *Libro de los Cantares* o de las *Cantigas*, que poseyó Argote de Molina, sus *Reglas* o *Arte de Trobar*, el libro de *Los Sabios*, el de *Los Engennos* y el de *La Caballería*. Otras, por fortuna, quedaron. ¿Qué cazador no se deleitará leyendo las descripciones que de la *cetrería* y de la *venación* hizo el Infante en su *Libro de la caza*? Ya dijo él, excusándose de no hablar asimismo de la pesca, que «las cosas que ome non sabe non debe hablar dellas como de las que sabe». Y bien puede, por tanto, tolerarse a este libro, siendo quien es quien lo edita, que frente a este alcázar (suerte de nido del gran águila cazadora del siglo XIV, que de allí descendía a cazar toda suerte de presas, y de allí se elevaba a las altas concepciones de la filosofía), ofrezca, ante todo, preferente tributo de simpatía a un tratado en que se declara a la caza «cosa noble, apuesta et sabrosa», y de admiración a unos tiempos en que los grandes señores lo tenían, al menos, para guerrear, politiquear a la usanza de entonces, cuidar de sus magnas haciendas, adiestrarse en «la arte de venar que quiere decir la caça de los venados», entender de falcones, azores, gerifaltes y sacres, y a veces escribir sobre todo ello en la deliciosa *fabliella*, balbuceo de la lengua castellana, exquisito encanto de los tratados de Don Juan Manuel.

Plumas las más autorizadas reconocen en el señor de Peñafiel al primer prosista de sus días. Y los humanistas y moralistas se deleitan con su *Libro de Patronio* o *del Conde Lucanor*, con el *Libro del Caballero y del Escudero*, el de *Los Estados*, el de *los Castigos y Consejos*, etc. Pero fuera pedantería intolerable traer a estas páginas juicios sobre tales producciones; habría que usurparlos a la competencia ajena. Y, además, ya nos detuvimos con exceso al pie de la escarpa. Veamos ahora cómo podemos dominarla para subir al castillo que allá arriba, tentador, nos espera. No es excesivamente violenta la ascensión por las veredas de los primeros tramos. Después..., ¡ah!, después, mientras alguien, llámese Ayuntamiento, Diputación, Obras Públicas, Turismo, no suavice desniveles y desarrolle rampas, y el escalón bienhechor no sustituya a la escurridiza cuesta, de temer es que algunos de los lectores, sobre todo si no tienen vocación de alpinistas, desistan del afán a media ladera. Cierto es que, desde otro punto de vista, tal dificultad de llegar arriba





castillo de Peñafiel  
Plaza de armas  
y Torre del homenaje

21 Mayo 1921

*Carrión*

«.....robusto palo mayor del enorme navío.»



quizás sea de celebrar. Más que a la declaración de monumento nacional, a la dificultad de extraer de allí su piedra, es posible que deba el alcázar-fuerte de Peñafiel, la subsistencia, al menos, de su vacío caparazón.

Pero demos por hecho que hemos vencido. Aunque el empinado cerro, sobre todo a partir de los restos de cierta derruida barbacana, nos ha disputado paso a paso el derecho a su posesión, ya logramos llegar a la altura. ¡Cuán bello, cuán vasto, cuán castellanamente castellano el panorama que desde ella se divisa! Júntanse casi a las plantas del castillo las mansas aguas del Duero y del Duratón, bordeados por álamos y fresnos; extiéndese hasta perderse de vista en la lejanía la vega multicolor; abrígase a la falda de la colina, que es asiento de la fortaleza, el caserío de la histórica Peñafiel. De un lado las eras, de otro los conos de las bodegas subterráneas donde se recoge el vinillo de la Ribera, dan fe de la vitalidad de la comarca e indefinibles líneas de austeridad, de sobriedad, perfilan el paisaje marcándole con el inconfundible sello de Castilla. Y, aunque sea cediendo un tanto de la verdad histórica en aras de la poesía, dan ganas de recitar desde lo alto, contemplando como en relieve el mapa del contorno, la vigorosa, la vehemente estrofa del Marqués de Lozoya:

Caminos de Segovia, de Olmedo y Tordesillas,  
Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros;  
Bajo la faz del polvo, yo busco de rodillas  
La huella de los santos y de los caballeros.

Claro es que no todos fueron caballeros ni santos los que hollaron las sendas que van a Peñafiel. Y si estos comentarios fueran, que nunca se lo propusieron, crónica completa de los castillos que marginan, diabluras y bajezas balancearían hazañas y virtudes. Pero pocos como éste podían nimbar su torre del homenaje con la aureola de la gran historia. Antes y después de que el magnífico torreón, robusto palo mayor del enorme navío, se alzara sobre la quilla de piedra, en docenas de ocasiones reyes, príncipes, caudillos enarbolaron sobre la fortaleza sus pendones. Sea o no Peñafiel la antigua *Intercatia* romana, es ya Rui Láinez, hijo de Laín Calvo, quien al regresar en 947 con el Conde de Castilla, Fernán González, de las correrías por tierras musulmanas que coronó la victoriosa batalla de Osma, repobló y fortificó la entonces fronteriza y estratégica villa. Codicia desde entonces de los moros, atacáronla repetidas veces hasta que cayó el 995 en poder de las huestes de Almanzor. Reconquistóla para los cristianos a principios del siglo XI Sancho García, quien no sólo dió fuero a *Penafidele* sino que la rodeó de murallas y erigió un castillo en el emplazamiento del actual, abandonando otro más antiguo y peor situado, todo en consideración a la valía de la plaza como baluarte del naciente reino cristiano. Y desde entonces ya, durante centurias, el nombre de Peñafiel queda incorporado a las gestas de Castilla.



Medio siglo más tarde, afirmase que entre sus muros se reunieron Fernando I y el Cid Campeador para emprender la campaña contra los sarracenos de Lusitania que culminó rindiendo a Coimbra. ¿Fue en la mezaquita mayor de la villa portuguesa donde Urraca calzó a Rodrigo la espuela de caballero? ¿Había recibido ya Vivar el espaldarazo? Contradícense las versiones. Pero, de fijo, que en estas hoy huecas estancias de Peñafiel, fuera donde fuera, más de un juglar vendría a relatar la escena de las *Mocedades*:

«—Rodrigo ¿quieres ser caballero?»

—Sí quiero.»

Y el espíritu del héroe legendario, transmitido a su sobrino y émulo, Alvar Fáñez de Minaya, vigorizaría el esfuerzo de los defensores del castillo, gobernado por él, cuando tras el reflujo invasor de los árabes que siguió a la batalla de Roa, pretendió la morisma recuperar tan poderosa llave del alto Duero y hubo de cejar en su empeño ante la tenaz resistencia del héroe cistiano. Peñafiel no salió ya nunca del poder de la cristiandad. Pero bastábase nuestros correligionarios para no dejar en paz la golosa villa. Ya es Doña Urraca quien procura soliviantarla contra su esposo Alfonso el Batallador, y se da tan mala maña que quizás las fuerzas que con más ardor luchan contra ella hasta vencer sus armas en la batalla del Campo de la Espina y en la de Villadangos son las de los vecinos de Peñafiel que quisieron perpetuar el éxito erigiendo una ermita a San Lorenzo, hoy solar de corrales. Ya es la propia irreductible Reina quien vuelve sobre la plaza, con el auxilio de los incipientes soberanos de Portugal, Enrique y Teresa; y lograda la paz, consíguese se le reconozca el señorío del castillo. Ya es, luego, el mal aplacado Don Alfonso quien súbito se alza con la fortaleza y sustituye en ella con su pendón las enseñas de su esposa.

Lógico era que población tan apetecida fuera colmada de privilegios, y Alfonso VII la equiparó con Coca y con Portillo; Fernando el Santo la honró alojándose entre sus muros; Alfonso X concedió franquicias a varios de sus principales moradores e hizo extensivo a Peñafiel el fuero que un año antes otorgara a Aguilar de Campoó, favoreciéndola también con la concesión de una feria franca y distinguiéndola con la singularidad de que sus carpinteros y albañiles contribuyeran por modo especial a la construcción de la catedral de Toledo. Eran las vísperas del apogeo de la villa, bajo el señorío del sobrino del Rey Sabio, nuestro glorioso Don Juan Manuel. ¡Con qué pena no la abandonaría cuando, transitoriamente vencido, hubo de entregar el castillo a sus adversarios, acogiéndose al de García Muñoz! Pero repuesto en él, que fue como el trono del ocaso de su vida, todavía la luz crepuscular de su prestigio iluminó durante siglos la fama de esta fortaleza. Como segura residencia fue elegida para serlo de los Infantes Don Juan y Don Pedro en tiempos del Cruel. Don Juan I la dió a su hijo Don Fernando, el de Antequera, con título de Duque. Don Fernando, a su vez, la erigió en principado



## PEÑAFIEL.—Arco de entrada al castillo.



«.....que flanquean dos torreones salientes como mudos e inexpresivos centinelas.....»



al ser proclamado Rey intitulado Príncipe de Peñafiel al Infante Don Enrique. Volvió luego otro de los temporales políticos que bambolearon a Castilla al final de la Edad Media y, rotas las hostilidades entre amigos y enemigos de Don Alvaro de Luna, Peñafiel se vió convertida, por razón de su situación estratégica, en centro de operaciones y teatro principal de la enconada lucha, siendo culminante episodio de su intervención en ella la ocupación de la plaza por el Conde de Castro y el Infante Don Pedro que, a voz de pregonero, intimó la rendición logrando primero la del pueblo y después la del castillo. Fué la villa, a poco, donación del Rey Juan a su valido; pero, caído éste y muerto aquél, Enrique IV la donó a Payo de Rivera quien la vendió en 70.000 maravedises al famoso revolvedor Marqués de Villena, el cual haciendo un buen negocio la traspasó a Don Alfonso Téllez Girón, Conde de Ureña y sobrino suyo, en un millón. El castillo que labró Don Juan Manuel «con aquellos dineros» entraba ya por el despeñadero de su decadencia.

Pero aún le quedaban días de influencia y aun de gloria. Cuartel general de los partidarios de la Beltraneja, rescató después la confianza de los Reyes Católicos, ayudándoles con todo empeño. Señorío de Don Pedro Girón, a la insurrección fué con el voluble caudillo de las Comunidades y con él volvió cuando tornó arrepentido de su gesto. Honrábale a poco con su presencia el propio Carlos V.... Eran, sin embargo, mortecinos chisporroteos de una nombradía que se apagaba. Felipe III dió la villa en feudo al primer Duque de Osuna, Conde de Ureña; las tropas de Napoleón la ocuparon cuando la invasión; y sólo así, por intermitentes apariciones, volvió a tomar acta la Historia de la supervivencia de Peñafiel, cuya importancia estratégica iba desapareciendo poco a poco al par que iban agrietándose los muros de sus murallas y desprendiéndose de sus asientos las piedras seculares del castillo. Y ha transcurrido ya más de un siglo sin que bajo su arco de entrada, que flanquean dos torreones salientes como mudos e inexpressivos centinelas, y debió de estar protegido por un matacán, del que sólo se conservan dos canes o soportes, haya vuelto a pasar el genio de la Historia.

Mas hora es ya de que nos acerquemos a su arrogante mole. Reposa ésta, según dijimos, sobre la cúspide entera del cerrete, indudablemente desmontada su cresta para poder tender sobre el plano desmonte la base de la colosal edificación, toda de sillarejo y blanca cantería de Campaspero. Mide el largo de la obra sus buenos 210 metros y excede de 20 la anchura de su parte central, que va estrechando hasta terminar por la *proa* en ángulo agudísimo. Toda la construcción está orientada de Norte a Sur y parecen apuntalarla, a cada lado, hasta una docena de redondos cubos que se destacan sobre las cortinas en unos dos tercios de su diámetro y rebasan también, apreciablemente, sobre las *bordas* del fósil navío. Si la contemplación de su traza exterior, entre romántica y germana, suscita la admiración de quien la contempla, un breve recorrido de lo que dentro de ella se conserva da idea



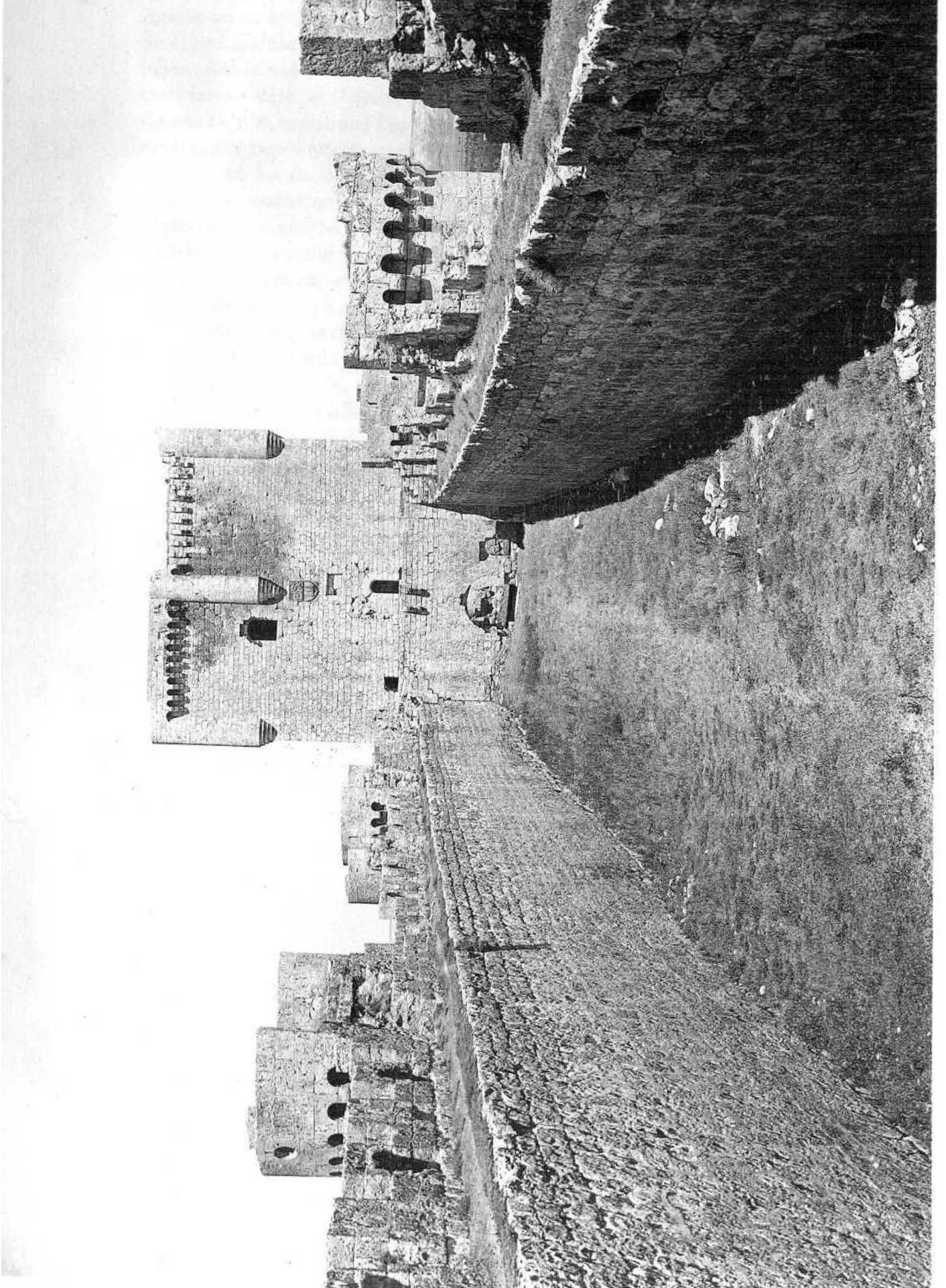
exacta de las exigencias y recursos de la arquitectura militar de la Edad Media. Las escalinatas de piedra helicoidales que se encaraman a los hoy desguarnecidos y mellados adarves, la impresionante puerta de entrada ya descrita, las recias cortinas, las plataformas de cada torre o cubo, los mechiales denunciadores del piso que se hundió o del techo que adornarían artesones toscos o del puente o puerta levadiza que un día cerrara o impidiera el acceso al fuerte, aquí el algibe, allí el subterráneo —quizás escape, quizás castigo—, proporcionan a la imaginación del turista culto elementos reconstructivos sobrados para fingirse lo que el castillo de Peñafiel debió de ser. Y si por remate de una inspección que se os puede garantizar como inolvidable, trepáis por la angosta escalera, incrustada en el muro, hasta la enlosada azotea que cubre la torre del homenaje, y desde allí contempláis la junta de los ríos, el verdor del valle, la dilatada campiña que con un espacio de muchas leguas se brinda a vuestra mirada, y os hacéis cargo allí de la privilegiada situación del airosísimo castillo, todas sus gestas, que no son romanticismos brumosos como ensueños del Graal y romanzas de Lohengrin, sino enjundia del Romancero, arrestos de Mío Cid y hasta humanas flaquezas de Alfonsos y de Sanchos, cobrarán en vuestra memoria palpitación de realidad; y os parecerá que algo de todo ello late aún, vivificándolas como hervor de calderas, entre las petrificadas cuadernas del buque fósil.

Todo su perímetro encierra un doble recinto, partido hoy por la torre del homenaje, que no ocupa precisamente el centro de la fábrica, sino que se acerca hacia el lado Norte en unos 15 metros. Es esta torre obra muy posterior a Don Juan Manuel. Labrada en tiempos de Don Juan II, levántase gallardamente a 34 metros del suelo, ostentando, repetido, bajos los elegantes garitones centrales que se descuelgan de los adarves y rematan por abajo en un juego de menguantes anillos, el orgulloso escudo señorial. Lampérez no acertó a identificar en el blasón más que «el escudo real de Castilla y León compartido con otros cuateles»; pero la característica divisa de los Girones que lo cierra viene a ser como la fecha final de la restauración del palacio-fortaleza, atestiguando bien elocuentemente que cuando se terminó la reforma era ya dueña del linajudo castillo la poderosa familia. Quizás al enseñaros alguna de las solitarias estancias bajo la tal torre, os digan que fué en ella donde, por los tiempos en que se construyó, vino al mundo el dramático príncipe Carlos de Navarra, que, en efecto, nació en el castillo. Poco importa que puedan discrepar en cuestión de metros o de pisos la tradición y la exactitud. Con recordar las esperanzas que se cernirían sobre aquella cuna, y las decepciones que salieron al paso del desdichado que vió la luz en Peñafiel, bastará para que os parezca que aún vibra entre aquellos muros otro eco más de poética melancolía.

Lo que apenas advertiréis en la que fué mansión de Juan Manuel, refugio de las marchitas ilusiones de Constanza, nido del primer príncipe de Viana, son rastros de la morada real. Con tino observó Lampérez la despro-



PEÑAFIEL.—Una de las dos grandes plazas de armas.



«...arca, hoy huera, del poderío de antaño.»



porción que se advierte entre la reducida parte del edificio que parece haber estado destinada a vivienda civil y la reservada a los menesteres militares. Achaque es éste de que adolecían, por regla general, todas las construcciones de igual índole y que lógicamente habría de acentuarse, dado su carácter de permanente vigía, en el alcázar fortificado de Peñafiel. Pero, si bien es cierto que, como dice el ilustre comentarista citado, «grandes y poderosas son las defensas y menguados los aposentos de la recia torre del homenaje para una existencia casi regia y para la gloria de haberse escrito en ellos el *Conde Lucanor*», no ha de olvidarse que en el estado de destrucción en que la obra ha llegado a nosotros no cabe formar juicio exacto de los acomodos y modificaciones que sufriera la construcción castrense para hacerla convivir con la principesca residencia, convivencia por otra parte ineludible y muy general en aquella época, en la cual la vital necesidad de defensa se sobreponía al regalo de la comodidad.

Además, basta fijarse en las huellas que se advierten a lo largo de las paredes de cualquiera de las dos amplias plazas de armas que la torre separa, arca hoy huera del poderío de antaño, para comprobar la existencia de muchos y capaces albergues de servidores y soldados que, unidos a los que cupieran en los tres pisos habitables que puede afirmarse había en la torre, acusan ya cabida suficiente para alojar, además, la cortecilla de un Infante o la servidumbre y familia de un magnate y guerrero medieval. Y seguramente, no habría de faltar, dentro de tan extensa área, un hueco en las ciclópeas paredes con un miradero hacia la inmensidad, donde cualesquiera huéspedes del castillo dieran calladamente suelta cuando a las lágrimas, cuando al raudo vuelo de la ilusión. A uno de esos abovedados camarines se acojería, de fijo, el fatigado estro de Don Juan Manuel para trazar las magistrales páginas de sus libros; y desde él aleccionaría a su hijo enseñándole en el *Libro de la Caballería* que el ejercicio de tan noble empresa «es manera de sacramento» e invitándole a no olvidar, en altísima enseñanza del buen ejemplo, que «los palacios de los señores son escuela de los fijodalgos».



